

El sentido de la Revolución

Cuando los dirigentes socialistas, en su propaganda, discursos y comentarios, afirman que la conquista del poder político por el pueblo provocará transformaciones revolucionarias a la retrasada estructura económica del país, la minoría reaccionaria gobernante eleva sus gritos al cielo acusándolos de incitar a la destrucción de la democracia y de subvertir el "sagrado" orden existente.

Creyendo detener el triunfo del doctor Salvador Allende, califican el programa presidencial de "extremista" y contrario a los intereses del país. A la palabra "revolución" que el socialismo emplea, le dan el más tétrico colorido, el más sangriento desenlace. Para ellos significa el aplastamiento definitivo de la democracia burguesa que tan buenos dividendos les acarrea. En suma, las transformaciones revolucionarias que en todas las épocas y en muchas naciones se han realizado, impulsando los avances de la civilización y del progreso, las desfiguran, convirtiéndolas en caos, robos, muertes y hasta en violaciones.

Semejante a ciertos grupos que tienen los "ojos clavados en la nuca", niegan tozudamente el porvenir y todo esfuerzo que involucre adelantos positivos a la sociedad. Al aferrarse al pasado para mantener sus privilegios e influencias de clase hegemónica sobre las mayorías, se oponen por todos los medios disponibles a las modificaciones estructurales que se hacen evidentes, no obstante conocer la incapacidad del sistema que defienden frente a los problemas que a diario se agudizan. Y para continuar usufructuando, nada más cómodo que usar el poder que detentan, desprestigiando las innovaciones que el FRAP propone en su programa presidencial. Proce-

Alejandro Chelén Rojas

den, —guardando las proporciones debidas— como las aves de rapiña que se alimentan dando picotazos sobre el lomo de los animales heridos. Es lo que están haciendo con un sistema que se desmorona y sobrevive agonizando.

Al desfigurar el sentido de la revolución —interpretándola mañosamente—, se vuelven de espaldas a la historia, negando el proceso dialéctico que origina la lucha de clases y que se ha desarrollado desde que el mundo existe. La burguesía nacional que es hija de la revolución —como la de otros países— le debe a ella su ascenso y el poderío que ha llegado a tener. Al desconocerle el papel rector de todo progreso social y económico, rechaza su propio destino de clase dirigente al haberse impuesto a otras en épocas anteriores que quedaron retrasadas en el perenne devenir de la humanidad.

En lo que respecta a Chile, vale la pena pasar revista a algunos hechos trascendentales.

Acontecimientos que deciden

Ante el avance ineludible de la humanidad, los pueblos que han padecido decenios y centurias de esclavitud y miserias impuestos por sistemas de explotación denigrante, terminan por hacer conciencia de ello y abrirse camino hacia la conquista de un mejor destino. Los continentes de Africa y Asia y la heroica República de Cuba, en el presente siglo, han sorprendido al mundo con sus luchas de liberación. No basta ya terminar con el colonialismo; a la emancipación política le ha seguido la independencia económica. Las democracias burguesas, que pretenden prolon-

gar la explotación de sus ex-colonias a través del "neo colonialismo", quemando sus últimos cartuchos. Ni el poderío de sus cañones logra detener las revoluciones de los pueblos subyugados.

¿Qué de extraño tiene, entonces, que el FRAP exponga en su programa cambios revolucionarios? Chile en etapas diversas de su historia ha avanzado en su democratización política, pero dejando intacto el viejo orden económico. Cada paso hacia adelante ha sido a través de violentos procesos revolucionarios; en la misma forma, los períodos de estagnación y de retroceso. En uno y otro caso han sido la oligarquía primero y la burguesía después, las que han acaudillado revoluciones en defensa de sus intereses, que veían amagados. Empero, hoy le niegan al socialismo —que representa el porvenir— el derecho a preparar sus cuadros para afrontar una revolución que modifique substancialmente una estructura en plena decadencia.

La historia vive y se nutre de acontecimientos que van señalando, aunque demoren en cristalizar, un avance en todo orden de cosas, y que hace girar en torno suyo las épocas y las edades. La quiebra de viejos conceptos políticos, crisis de sistemas económicos superados, estancamiento social de las masas, regímenes dictatoriales que detienen y sojuzgan anhelos colectivos, son factores que promueven profundas inquietudes ideológicas y encauzan a los países hacia finalidades superiores de convivencia y mejoramiento, en un justo afán de rectificar rumbos o de cambiar integralmente las viejas estructuras.

Tales hechos deciden, generalmente, el proceso evolutivo o revolucionario de la sociedad humana, y rompen anacrónicos sistemas, para enfrentarse a la organización de un orden nuevo sobre bases que permitan niveles de vida superiores y afiancen el progresivo desenvolvimiento de los pueblos.

Conforme a este método de la realidad viviente, el Partido Socialista ratifica una vez más los postulados revolucionarios que orientan su conducta y que darán a Chile, siguiendo la ruta de anteriores etapas, amplias posibilidades de progreso y bienestar.

Trayectoria chilena

La revolución de la Independencia fue impulsada por el naciente capitalismo agrario en procura de nuevos mercados, oponiéndose virilmente al régimen monopolista español. Ese movimiento dirigido por los terratenientes convertidos en revolucionarios, les dio la emancipación política para satisfacer una

necesidad económica. Sin embargo, en lo social las cosas continuaron igual, pues, el núcleo más numeroso, que lo constituían los trabajadores del campo, que dieron su sangre por la libertad, permaneció en la más abyecta explotación. Posteriormente O'Higgins fue derribado por los dueños de la tierra que aspiraban al control total del poder y por la naciente burguesía, que luchaba contra toda dictadura y por la implantación de un sistema democrático. La aristocracia pelucona fue vencida por los pipiolos que representaban la libertad y la democracia, estableciendo el primer ensayo de reformas liberales. Los primeros, vencidos en las urnas y lesionados en sus intereses, recurrieron a la revolución armada para derribar a los segundos, consolidando la sociedad feudal y reafirmando su predominio mediante la Constitución de 1833.

Tres revoluciones en menos de veinte años en el escenario del naciente Estado chileno.

En 1851 los opositores al gobierno de Montt promueven una nueva revolución, inspirados en una mayor libertad de sufragios y en un régimen de democracia. La conducta regresiva, en lo político, de ese gobierno y la omnipotencia presidencial, desencadena una nueva revolución en abril de 1859, que es aplastada con las armas. Pero ella abrió el camino para la primera reforma constitucional que se realizaría bajo la presidencia de José Joaquín Pérez.

El régimen presidencial nacido de la Constitución de 1833, termina con la revolución de 1891. Balmaceda, acusado de transgredir la Carta Magna, que luchó con patriotismo y desinterés en defensa de nuestras riquezas oponiéndose a la voraz penetración imperialista inglesa, se suicidó al ver su noble causa perdida. Con su muerte, retorna en gloria y majestad la oligarquía y establece el régimen parlamentario. El boyante estado económico derivado del monopolio del salitre, fue aprovechado por las castas dirigentes; se acentuó el empobrecimiento de los sectores populares y los obreros del salitre y de los campos, fueron envueltos en sangrientos disturbios.

Tres nuevas revoluciones en un lapso de cuarenta años. La que derribó a Balmaceda, puede señalarse como la más regresiva y la que mejor consolidó los intereses de la oligarquía. Se acentúa, desde entonces, la penetración imperialista en el país.

El régimen parlamentario termina con la primera presidencia de Alessandri Palma y con la intromisión de los militares en la vida política. Desterrado el mandatario por los militares, regresa en marzo de 1925 e impo-

ne la nueva Carta Fundamental, de cuyo contenido surge un Ejecutivo con plenas atribuciones que da por tierra con el sistema parlamentario. Al ser derrocada la dictadura de Ibáñez, se abren las puertas del poder, una vez más, a la oligarquía, la que retorna a través del "civilismo", y tras breves días del primer impulso socialista que se derrumba por la traición de Dávila, asume el gobierno llevando como abanderado a Alessandri Palma. En 1938 triunfa la izquierda que apoyó a Pedro Aguirre Cerda; pero se le pretende derribar mediante un "cuartelazo" de inspiración derechista. La unidad del pueblo en torno a su Presidente evitó el golpe oligárquico.

Así se ha desenvuelto nuestra evolución política, sin tocar a fondo la estructura económica. Los procesos más trascendentales deben su origen a las revoluciones que hoy tanto temen los partidos históricos y de las cuales se valieron siempre para escalar el poder.

Prédica falaz

No se puede seguir mintiendo que las transformaciones revolucionarias signifiquen retrogradar al país a un período de barbarie y anarquía, de ruinas y de miserias. Es torpe y de una ruindad sin límites, señalar además, que los socialistas destruirán la democracia para imponer una dictadura totalitaria, que anegará al pueblo en sangre y desolación. Esa prédica falaz e hipócrita, es repudiada hasta por las naciones más atrasadas culturalmente. A nuestra República, que se enorgullece de poseer una acentuada madurez política y de ser intelectualmente bien dotada, que cuenta con una clase trabajadora de brillante ejecutoria en más de cincuenta años de abnegada lucha social, no se la engaña o amedrenta con ineptias tan descomunales. Semejante campaña —bien lo entiende el pueblo— es producto de la desesperación, de la incapacidad y de la crisis sin vuelta de un sistema que agoniza y al que no podrán salvar.

Es tan evidente, que no existen perspectivas de renovación bajo la férula de una democracia capitalista controlada por la plutocracia. En lugar de paliar en parte los errores y vicios que han degenerado la democracia, la transforman cada vez más en herramienta al servicio de los intereses de la oligarquía y del imperialismo. La misma política aplicada en Europa en las décadas del 20 y del 30, permitió el surgimiento del fascismo y el desencañamiento de la guerra que anegó en sangre a media humanidad.

No es el socialismo quien busca un camino de atrocidades para escalar el poder e impo-

ner nuevas formas de gobierno. Es la oligarquía la que ha actuado siempre en forma despiadada, como lo registra la historia, tanto en Chile, como en otras naciones.

Criterios distintos

En la actividad política, cuando pugnan diferentes doctrinas, al adversario hay que combatirlo, vencerlo y destruirlo. Este criterio aplicado por la reacción, jamás ha sido imitado por nuestro partido. Ni en los doce días de la República Socialista, ni bajo la presidencia de Aguirre Cerda, se pretendió liquidar con perversidad al adversario. Ni se quemaron iglesias, ni se violaron monjas, ni se levantaron paredones. Por el contrario. Nunca como entonces la libertad ondeó con mayor amplitud, ni la democracia alcanzó contornos más definidos para todos los chilenos.

La derecha no ha cambiado en su manera de proceder, y es natural que así sea. Heredera del pasado y ciega defensora de sus privilegios, acostumbrada a la ociosidad, a mandar por "derecho divino", a tratar con desprecio a los que no pertenecen a su clase, continuará aferrándose con dientes y muelas a sus caducas concepciones, aunque mañosamente siga haciéndolo mediante una "democracia" que ha envilecido con perversidad. Y para afirmarse cuando tambalea su estructura feudal, con movilidad de serpiente atrapa a arribistas de la clase media para hacer de ellos sus Mayordomos políticos, encontrándolos siempre en las directivas del Partido Radical: Capataces, administradores, inquilinos, sirvientes y hasta payasos que defienden sus derechos y les sirven de bufón en sus ratos de esplin. Conducta idéntica a la de ciertos Emperadores romanos que se valían de un sicario cuando se veían en trance de ser derrumbados por sus opositores.

Bajo el gobierno Popular, la oligarquía con sus "hombres de negocios", sus gerentes, sus mayordomos, dejarán de ser los amos del Estado. La democracia burguesa se transformará en una verdadera democracia de trabajadores. Se terminará la cesantía, las poblaciones callampas, la falta de escuelas; habrá posibilidades de educación para todos los chilenos y la riqueza nacional será aprovechada en beneficio del país; se realizará una auténtica Reforma Agraria; se elevará el nivel de vida de las masas; el trabajador intelectual dispondrá de recursos para la creación artística, la investigación científica o histórica; los profesionales y técnicos ten-

drán un amplio campo para el desarrollo total de sus capacidades. Esto y mucho más significan las reformas revolucionarias del FRAP que se realizarán con el vigoroso apoyo del pueblo.

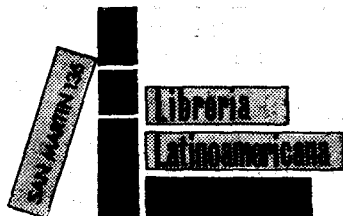
Carece, pues, de veracidad la difamatoria y calumniosa campaña del "Frente Antidemocrático". Movidos por la desesperación y la derrota que ven próxima, recurren a toda clase de infamias para enlodar el creador programa presidencial del FRAP. En cambio, criterio y estilo diferentes movilizan a los sectores populares para alcanzar el poder. El lenguaje de su propaganda no destila veneno y no encubre torcidas intenciones; es sobrio y de un realismo que interpreta con exactitud las inquietudes ciudadanas. No es necesario mentir ni acaparar demagógicamente la mentalidad del pueblo para expresar sus sentimientos y señalar soluciones a sus angustias y miserias. Un movimiento triunfa cuando es capaz de provocar un estado de ánimo que cree una conciencia heroica de victoria, en base a la más tajante y estricta verdad. Y es lo que está haciendo el Frente de Acción Popular.

El doctor Salvador Allende

La pujanza y solidez que ha alcanzado la candidatura presidencial del doctor Salvador Allende, enraiza en el espíritu emprendedor, consciente y revolucionario de todos los tra-

bajadores. Animados de un justo anhelo de modificar la estructura agrietada y en bancarrota de la democracia burguesa, quieren imponer una política que los libere de la opresión oligárquica y foránea, en lo económico y social. Junto a los partidos del FRAP, son las fuerzas independientes frustradas una y otra vez por los gobiernos, las que constituyen el más poderoso impulso de victoria. La sólida unidad de frapistas e independientes, el apoyo y aceptación del programa presidencial, la ineludible necesidad de luchar por un mejor destino para el país, son factores que aglutinan voluntades y polarizan fuerzas como nunca se ha conocido en nuestra historia política.

El doctor Allende ha sabido consolidar las esperanzas que visionariamente agitó en el corazón de las multitudes en 1958. Militante socialista, leal a su doctrina y al pueblo, incansable batallador social, es la expresión más auténtica de una nación que quiere reformas substanciales que la arranquen de la miseria y del retraso económico en que se debate. Irreconciliable adversario del imperialismo y de la oligarquía, su nombre es como un martillazo que rompe privilegios, abusos e injusticias. Como los ríos que se desbordan arrastrando cuanto encuentran a su paso, su candidatura desbordará los límites partidarios y arrastrará tras su nombre a una mayoría que derrotará definitivamente a los causantes del obscurantismo y del retraso.



FOLLETOS

— La polémica Socialista Comunista, Comisión Política Partido Socialista	E ^o 0.20
— Reforma Agraria, Clodomiro Almeyda	0.15
— El Humanismo Socialista, Manuel Espinoza	0.25
— Esquema Económico de Chile, Departamento Técnico Partido Socialista	0.30
— La Cartilla Campesina, Salomón Corbalán	0.35
— La Concepción Marxista del Hombre, Clodomiro Almeyda	0.30

Despachos contrareembolso sobre 15 ejemplares.